



Luces y “pelotitas” en las ramas del abeto.
¿Naturaleza frente a horterada?

La tradición otorga a Lutero el dudoso honor de instaurar el árbol de navidad. En un principio cuentan que durante una noche estrellada, Lutero dirigió su mirada a un abeto y las estrellas parecían salir de él. Esto le llevó a pensar en la estrella de Belén. Su segundo paso fue colgarle bellotas, castañas y avellanas de las ramas para recordar los dones que los hombres recibieron de Jesús. Esta costumbre se extendió por Alemania al igual que el Protestantismo y, poco a poco, se le añadieron nuevos elementos como bolitas, guirnaldas, etc. En definitiva, un elemento más de las navidades hasta la paradoja de que el árbol de navidad más grande del mundo se coloca en la Plaza del Vaticano, sede de la Iglesia Católica.



Martín Lutero padre de la Iglesia protestante y del “arbolito” de Navidad.

Pero la historia se remonta más atrás en el tiempo. Los primitivos pobladores europeos desarrollaron una curiosa relación con los árboles y el periodo correspondiente a la Navidad. Es un tiempo en el que el hombre cree en un cierto orden natural establecido, con el que puede contar infaliblemente y manipular para sus fines, es el mundo de la magia y la superstición.

Durante la antigüedad el culto a los árboles jugó un papel importante, Europa estaba llena de inmensas selvas. Se cree que entre los germanos, los más viejos santuarios fueron los bosques naturales. Para los celtas el árbol más sagrado era el roble y era común el pensar que los árboles eran espíritus. Se atribuían cualidades benéficas a estos, de este hecho deriva la costumbre de salir a los bosques y traer un unas ramas a la casa, similar al del árbol mayo.

Según el calendario juliano se computó el solsticio de invierno el 25 de diciembre, considerado como el renacer del sol, por razón de comenzar los días a alargarse. Al igual que en el solsticio de verano era costumbre realizar festivales ígnicos de purificación y de buena suerte. Como ejemplo más significativo está el del leño trashoguero pascual. Este leño era encendido en el hogar de las casas y se mantenía ligeramente carbonizado entre la Navidad y la Epifanía. En la actualidad se sigue haciendo en Inglaterra, Westfalia, Francia e incluso en nuestro país en algunos pueblecitos del Pirineo. Allí también encontramos una especie de espíritu arbóreo que trae juguetes y regalos a los niños a través de un tronco hueco por estas fechas.



El leño trashoguero.

Parece claro que muchas de esas creencias y tradiciones han perdurado y han sido adaptadas por motivos religiosos. Dice otra leyenda acerca del árbol de Navidad que fue San Bonifacio el verdadero inventor. En la primera mitad del siglo VIII, este Santo se encontraba predicando entre los germanos, puesto que le molestaba la tradición pagana del culto al roble, quiso talar uno y al caer, derribó todo a su alrededor, excepto un pequeño abeto. Bonifacio lo interpretó como un mensaje y lo bautizó como “el árbol del niño Jesús”.

En la actualidad asistimos a la sustitución de todos esos antiguos valores y el árbol se convierte en algo muy comercial, un símbolo de lo efímero del espíritu navideño, de esos tantos buenos propósitos que se lleva el viento en el tiempo que tarda en morir agonizando un árbol cortado.